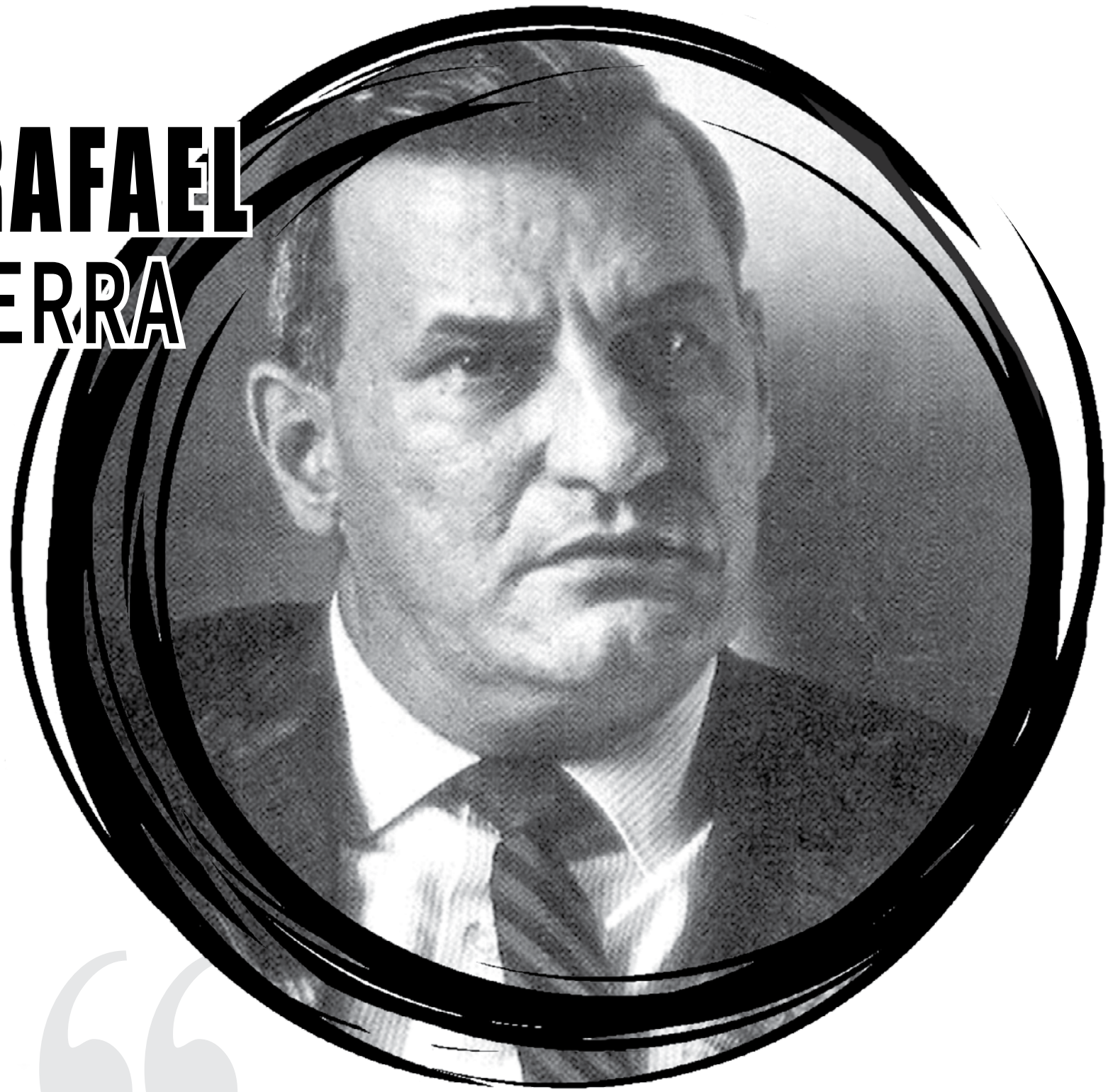
COLECCIÓN LETRAS
NARRATIVA / CARABOBO

JOSÉ RAFAEL POCATERRA



Nuestro polígrafo homenajeado en Filven Carabobo 2019, cuenta con su ficha bio-bibliográfica, el cuento "La I Latina" y un texto crítico de José Carlos De Nóbrega. El polígrafo valenciano es un gigante de las letras de Venezuela y América Latina.

CUENTO

La "I" latina

PÁGINAS 2 Y 3

> Pero esa mañana no estaba yo para imaginaciones, y cuando se marchó mi abuelita, sintiéndome sólo e infeliz entre aquellos niños extraños, que me observaban con el rabillo del ojo, señalándome; ante la fisonomía delgadísima de labios descoloridos y nariz cuyo lóbulo era casi transparente, de la Señorita, me eché a llorar. Vino a consolarme, y mi desesperación fue mayor al sentir en la mejilla un beso helado como una rana.
>
> **José Rafael Pocaterra.**

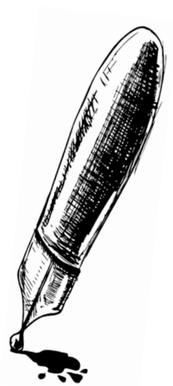
Biografía MÍNIMA

José Rafael Pocaterra

(Valencia, la de Venezuela, 1899 - Montreal, 1955)



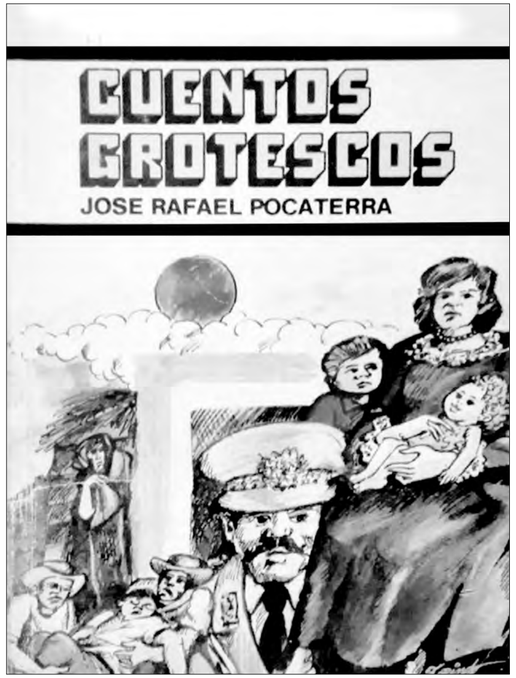
Su propuesta narrativa trasciende el formulismo realista a secas: Se nos antoja fuera de un Canon nacional automatizante, pues desarrolló un hiperrealismo personal tocado por un sentido del humor oscuro, satírico y pesimista. Desde su inicio, la novela "Política Feminista" (1912) o "El Doctor Bebé" (Editorial América, 1918), ambientada en la Valencia de sus afectos y odios, prefiguró la curiosa perfección poética y anti-romántica de los "Cuentos Grotescos" (1922), además de la humeante ráfaga que acribilla la mollera, el corazón y las tripas en "Memorias de un venezolano de la decadencia" (1927).



La "I" latina

¡NO, NO ERA POSIBLE!
andando ya en siete años y burrito, burrito, sin conocer la o por lo redondo y dando más que hacer que una ardilla.
—¡Nada! ¡Nada!— dijo mi abuelita—. A ponerlo en la escuela…
Y desde ese día, con aquella eficacia activa en el milagro de sus setenta años, se dio a buscarme una maestra. Mi madre no quería; protestó que estaba todavía pequeño, pero ella insistió resueltamente. Y una tarde al entrar de la calle, deshizo unos envoltorios que le trajeron y sacando un bulto, una pizarra con su esponja, un libro de tipo gordo y muchas figuras y un atadito de lápices, me dijo poniendo en mí aquella grave dulzura de sus ojos azules: —¡Mañana, hijito, casa de la señorita que es muy buena y te va a enseñar muchas cosas…!
Yo me abracé a su cuello, corrí por toda la casa, mostré a los sirvientes mi bulto nuevo, mi pizarra flamante, mi libro, todo marcado con mi nombre en la magnífica letra de mi madre, un libro que se me antojaba un cofrecillo sorprendente, lleno de maravillas! Y la tarde esa y la noche sin quererme dormir, pensé cuántas cosas podría leer y saber en aquellos grandes librotes forrados de piel que dejó mi tío el que fue abogado y que yo hojeaba para admirar las viñetas y las rojas mayúsculas y los montoncitos de caracteres manuscritos que llenaban el margen amarillento.
Algo definitivo decíame por dentro que yo era ya una persona capaz de ir a la escuela.

II
¡Hace cuántos años, Dios mío! Y todavía veo la casita humilde, el largo corredor, el patiecillo con tiestos, al extremo una cancela de lona que hacía el comedor, la pequeña sala donde estaba una mesa negra con una lámpara de petróleo en cuyo tubo bailaba una horquilla. En la pared había un mapa desteñido y en el cielo raso otro formado por las goteras.
Había también dos mecedoras desfondadas, sillas; un pequeño aparador con dos perros de yeso y la mantequillera de vidrio que fingía una clueca echada en su nido; pero todo tan limpio y tan viejo que dijérase surgido así mismo, en los mismos sitios desde el comienzo de los siglos.
Al otro extremo del corredor, cerca de donde me pusieron la silla enviada de casa desde el día antes, estaba un tinajero pintado de verde con una vasija rajada; allí un agua cristalina en gotas musicales, largas y pausadas, iba cantando la marcha de las horas.
Y no sé por qué aquella piedra de filtrar llena de yerbajos, con su moho y su olor a tierras húmedas, me evocaba ribazos del río o rocas avanzadas sobre las olas del mar…
Pero esa mañana no estaba yo para imaginaciones, y cuando se marchó mi abuelita, sintiéndome sólo e infeliz entre aquellos niños extraños, que me observaban con el rabillo del ojo, señalándome; ante la fisonomía delgadísima de labios descoloridos y nariz cuyo lóbulo era casi transparente, de la Señorita, me eché a llorar. Vino a consolarme, y mi desesperación fue mayor al sentir en la mejilla un beso helado como una rana.
Aquella mañana de "niño nuevo" me mostró el reverso de cuanto había sido ilusorias visiones de sapiencia… así que en la tarde, al



volver para la escuela, a rastras casi de la criada, llevaba los párpados enrojecidos de llorar, dos soberbias nalgadas de mi tía y el bulto en banderola con la pizarra y los lápices y el virginal Mandevil tamborileando dentro de un modo acompasado y burlón.

III
Luego tomé amor a mi escuela y a mis condiscípulos: tres chiquillas feucas, de pelito azafranado y medias listadas, un gordinflón que se hurgaba la nariz y nos punzaba con el agudo lápiz de pizarra; otro niño flaco, triste, ojerudo, con un pañuelo y unas hojas siempre al cuello y oliendo a aceite; y martica, la hija del herrero de enfrente que era alemán. Siete u ocho a lo sumo: las tres hermanas se llamaban las Rizar, el gordinflón José Antonio, Totón, y el niño flaco que murió a poco, ya no recuerdo cómo se llamaba. Sé que murió porque una tarde dejó de ir, y dos semanas después no hubo escuela.
La Señorita tenía un hermano hombre, un hermano con el cual nos amenazaba cuando dábamos mucho qué hacer o estallaba una de esas extrañas rebeldías infantiles que delatan a la eterna fiera.
—¡Sigue! ¡Sigue rompiendo la pizarra, malcriado, que ya viene por ahí Ramón María!
Nos quedábamos suspensos, acobardados, pensando en aquel terrible Ramón María que podía llegar de un momento a otro… Ese día, con más angustia que nunca, veíamosle entrar tambaleante como siempre, oloroso a reverbero, los ojos aguados, la nariz de tomate y un paltó dril verdegay.
Sentíamos miedo y admiración hacia aquel hombre cuya evocación sola calmaba las tormentas escolares y al que la Señorita, toda tímida y confusa, llevaba del brazo hasta su cuarto, tratando de acallar unas palabrotas que nosotros aprendíamos y nos las endosábamos unos a otros por debajo del Mandevil.
—¡Los voy a acusar con la Señorita! —protestaba casi con un chillido Marta, la más resuelta de las hembras.
—La Señorita y tú… —y la interjección fea, inconsciente y graciosísima, saltaba de aquí para allá como una pelota, hasta dar en los propios oídos de la Señorita.
Ese era día de estar alguno en la sala, de rodillas sobre el enladrillado, el libro en las manos, y las orejas como dos zanahorias.
—Niño, ¿por qué dice eso tan horrible? —me reprendía afectando una severidad que desmentía la dulzura gris de su mirada.
—¡Porque soy hombre como el señor Ramón María!
Y contestaba, confusa, a mi atrevimiento:
—Eso lo dice él cuando está "enfermo"

IV
A pesar de todo, llegué a ser el predilecto. Era en vano que a cada instante se alzase una vocecilla:
—¡Señorita, aquí el "niño nuevo" me echó tinta en un ojo!
—Señorita, que el "niño nuevo" me está buscando pleito.
A veces era un chillido estridente seguido de tres o cuatro mojicones:
—¡Aquí…! Venía la reprimenda, el castigo; y luego más suave que nunca, aquella mano larga, pálida, casi transparente de la solterona me iba enseñando con una santa paciencia a conocer las letras que yo distinguía por un método especial: la A, el hombre con las piernas abiertas —y evocaba mentalmente al señor Ramón María cuando entraba "enfermo" de la calle—; la O, al señor gordo —pensaba en el papá de Totón—; la Y griega una horqueta —como la de la china que tenía oculta—; la I latina, la mujer flaca —y se me ocurría de un modo irremediable la figura alta y desmirriada de la Señorita… Así conocí la Ñ, un tren con su penacho de humo; la P, el hombre con el fardo; y la & el tullido que mendigaba los domingos a la puerta de la iglesia.
Comuniqué a los otros mis mejoras al método de saber las letras, y Marta —¡como siempre!— me denunció:
—¡Señorita, el "niño nuevo" dice que usted es la I latina!
Me miró gravemente y dijo sin ira, sin reproche siquiera, con una amargura temblorosa en la voz, queriendo hacer sonrisa la mueca en sus labios descoloridos:
—¡Si la I latina es la más desgraciada de las letras… puede ser!
Yo estaba avergonzado; tenía ganas de llorar. Desde ese día cada vez que pasaba el puntero sobre aquella letra, sin saber por qué, me invadía un oscuro remordimiento.

V
Una tarde a las dos, el señor Ramón María entró más "enfermo" que de costumbre, con el saco sucio de la cal de las paredes.
Cuando ella fue a tomarle del brazo, recibió un empellón yendo a golpear con la frente un ángulo del tinajero. Echamos a reír; y ella, sin hacernos caso, siguió detrás con la mano en la cabeza… Todavía reíamos, cuando una de las niñas, que se había inclinado a palpar una mancha oscura en los ladrillos, alzó el dedito teñido de rojo:
—Miren, miren: ¡le sacó sangre!
Quedamos de pronto serios, muy pálidos, con los ojos muy abiertos.
Yo lo referí en casa y me prohibieron, severamente, que lo repitiese.
Pero días después, visitando la escuela el señor inspector, un viejecito pulcro, vestido de negro, le preguntó delante de nosotros al verle la sien vendada:
—¿Cómo que sufrió algún golpe, hija?
Vivamente, con un rubor débil como la llama de una vela, repuso azorada:
—No señor, que me tropecé…
—Mentira, señor inspector, mentira —protesté rebelándome de un modo brusco, instintivo, ante aquel angustioso disimulo— fue su hermano, el señor Ramón María que la empujó, así… contra la pared… —y expresivamente le pegué un empujón formidable al anciano.
—Sí, niño, sí ya sé… —masculló trastumbándose.
Dijo luego algo más entre dientes; estuvo unos instantes y se marchó.
Ella me llevó entonces consigo hasta su cuarto; creí que iba a castigarme, pero me sentó en sus piernas y me cubrió de besos; de besos fríos y tenaces, de caricias maternales que parecían haber dormido mucho tiempo en la red de sus nervios, mientras que yo, cohibido, sentía que al par de la frialdad de sus besos y del helado acariciar de sus manos, gotas de llanto, cálidas, pesadas, me caían sobre el cuello. Alcé el rostro y nunca podré olvidar aquella expresión dolorosa que alargaba los grises ojos llenos de lágrimas y formaba en la enflaquecida garganta un nudo angustioso.

VI
Pasaron dos semanas, y el señor Ramón María no volvió a la casa.
Otras veces estas ausencias eran breves, cuando él estaba "en chirona", según nos informaba Tomasa, única criada de la Señorita que cuando ésta salía a gestionar que le soltasen, quedábase dando la escuela y echándonos cuentos maravillosos del pájaro de los siete colores, de la princesa Blanca—flor o las tretas siempre renovadas y frescas que le jugaba tío conejo a tío tigre.
Pero esta vez la Señorita no salió; una grave preocupación distraíala en mitad de las lecciones. Luego estuvo fuera dos o tres veces; la criada nos dijo que había ido a casa de un abogado porque el señor Ramón María se había propuesto vender la casa.
Al regreso, pálida, fatigada, quejábase la Señorita de dolor de cabeza; suspendía las lecciones, permaneciendo absorta largos espacios, con la mirada perdida en una niebla de lágrimas… Después hacía un gesto brusco, abría el libro en sus rodillas y comenzaba a señalar la lectura con una voz donde parecían gemir todas las resignaciones de este mundo:
—Vamos, niño: "Jorge tenía un hacha…"

VII
Hace quince días que no hay escuela. La Señorita está muy enferma. De casa han estado allá dos o tres veces. Ayer tarde oí decir a mi abuela que no le gustaba nada esa tos…
—No sé de quién hablaban.

VIII
La Señorita murió esta mañana a las seis…

IX
Me han vestido de negro y mi abuelita me ha llevado a la casa mortuoria. Apenas la reconozco: En la repisa no están ni la gallina ni los perros de yeso; el mapa de la pared tiene atravesada una cinta negra; hay muchas sillas y mucha gente de duelo que rezonga y fuma. La sala llena de vecinas rezando. En un rincón estamos todos los discípulos, sin cuchichear, muy serios, con esa inocente tristeza que tienen los niños enlutados. Desde allí vemos, en el centro de la salita, una urna estrecha, blanca y larguísima que es como la Señorita y donde ella está metida. Yo me la figuro con terror: el Mandevil abierto, enseñándome con el dedo amarillo, la I, la I latina precisamente.
A ratos, el señor Ramón María que recibe los pésames al extremo del corredor y que en vez del saco dril verdegay luce una chupa de un negro azufroso, va a su encuentro y vuelve. Se sienta suspirando con el bigote lleno de gotitas. Sin duda ha llorado mucho porque tiene los ojos más lacrimosos que nunca y la nariz encendida, amoratada.
De tiempo en tiempo se suena y dice en alta voz:
—¡Está como dormida!

X
Después del entierro, esa noche, he tenido miedo. No he querido irme a dormir. La abuelita ha tratado de distraerme contando lindas historietas de su juventud. Pero la idea de la muerte está clavada, tenazmente, en mi cerebro. De pronto la interrumpo para preguntarle:
—¿Sufrirá también ahora?
—No —responde, comprendiendo de quién le hablo— ¡la Señorita no sufre ahora!
Y poniendo en mí aquellos ojos de paloma, aquel dulce mirar inolvidable, añade:
—¡Bienaventurados los mansos y humildes de corazón porque ellos verán a Dios!…

La narrativa hiperrealista de Pocaterra



JOSÉ CARLOS DE NÓBREGA

SU PROPUESTA narrativa trasciende el formulismo realista a secas: Se nos antoja fuera de un Canon nacional automatizante, pues desarrolló un hiperrealismo personal tocado por un sentido del humor oscuro, satírico y pesimista. Desde su inicio, la novela "Política Feminista" (1912) o "El Doctor Bebé" (Editorial América, 1918), ambientada en la Valencia de sus afectos y odios, prefiguró la curiosa perfección poética y anti-romántica de los "Cuentos Grotescos" (1922), además de la humeante ráfaga que acribilla la mollera, el corazón y las tripas en "Memorias de un venezolano de la decadencia" (1927).

Valgan los entusiastas comentarios de voces disímiles como Arturo Uslar Pietri, Luis Augusto Núñez y Enrique Grooscors (hijo). Uslar, no obstante su conservadurismo, apuesta por el cuentista: "No hay digresión y está cargado de sugestiones, no hay preciosismo pero la frase tiene la dureza y la luz de una gema. El chubasco, La I latina, Los comemuertos, son hazañas del ver y el narrar". El atrabiliario Núñez elogia no sólo el conjunto de su obra sino también la autenticidad de su actuación política: "No quiso que se le considerara un literato, y no lo era en el sentido bizantino de la frase. Fue un escritor de recio músculo social; un creador de energía solar, la cual llevó a sus libros". Grooscors, embargado por su exilio valenciano reconvertido en apropiación de la patria chica, inscribe su escritura en la idiosincrasia protestativa, polémica y condenatoria típica de Valencia de San Simeón el estilita, esto es el Bolívar encaramado en el monolito haciendo puñetas y señalando a qué profundidad histórica y cotidiana lo sumergen en el albañal: "El Dr. Bebé es el foetazo tremendo descargado sobre el rostro de una administración corrompida e irresponsable, así como un núcleo social servil y claudicante".

Pocaterra es uno de nuestros más queridos paladines literarios y aguafiestas políticos, al igual que Domingo Alberto Rangel y Argenis Rodríguez. Por supuesto, no se puede obviar el ensayo de Carlos Yusti "José Rafael Pocaterra y su mundo" (Gobernación del estado Carabobo, 1991), el cual no peca por fortuna de pira funeraria y bibliofóbica en la Plaza Bolívar que el ex alcalde Edgardo Parra, convicto en adefesio arquitectónico, pervirtió en un acceso kitsch con aroma a ponche de frutas.

La literatura es una arremetida voluntarista en contra del Poder. No nos extraña que lo acompañara Rufino Blanco Fombona como amigo, editor y cómplice conspirador para tumbar al "bailómano" Castro y, especialmente, a Juan Bisonte en la fallida invasión del "Falke" en 1929. ¿Qué nos resta decir de nuestras preferencias novelísticas, como "El Doctor Bebé" [editado por su socio en 1918] o "El Hombre de Hierro" (1907), construcción terrorista de Don Rufino que la anticipa al no escatimar la decapitación de personajes infames y rastracueros de la vida nacional?

"El Doctor Bebé" excede la crítica salvaje a la burocracia y los mercachifles que aclamaron y adularon a Cipriano Castro: Pocaterra mezcla con juvenil cuidado la admonición ética y el género picaresco. Lo podemos cotejar con el Pío Gil moralista de "El Cabito" y "Cuatro años de mi cartera". Entomólogo ético nuestro que se alimentó del Goya de los Caprichos y el Van Gogh apólogo de los mineros y las putas, amén de engullir las Sátiras a contracorriente imperial de Juvenal, José Rafael Pocaterra caricaturizó la oligarquía, el despropósito político y la "servilitud subalterna" tanto de la intelectualidad como del aparataje ideológico del Estado burgués de su tiempo, síntomas que aún afectan a nuestra desdichada ciudad.

Pepito Salcedo, Josefina y el clan femenino de las Belzares son humillados por el Presidente del estado sin miramientos y a cocotazos como si fuesen lazarillos arrojados a la cuneta. Los equívocos y gags peripatéticos de la picaresca, se suceden en un estrambótico montaje de secuencias memorables: Desde el recibimiento ruidoso y ridículo al Doctor Manuel Bebé en tanto coreografía caótica, irreverente y carnavalizada; pasando por el Presidente del estado como transeúnte en calzoncillos por el casco histórico, luego de revolcarse en el lecho predatorio y clandestino con la cándida Josefina Belzares; hasta naufragar el triángulo amoroso de Bebé (léase Samuel Niño), Isolina y Josefina en las aguas mansas de Puerto Cabello.

Años después, en el poema largo "Valencia, la de Venezuela" (1955), denuncia todavía sin cortapisas: "Y bajo el manto de tus lutos / penden tus pechos flácidos / donde el hocico de los brutos / agotó tu leche civil". Este texto es una consideración lírica e histórica de la ciudad desprovista del oropel ramplón de los discursos de orden.

No obstante "el abyecto reptor que nadie nombra" y que hiere a la ciudad en el calcañar, prevalece por ella una ternura y una devoción amorosa que se emparentan con la I Latina, Panchito Mandefuá y la Piedad de Bernini.

COLECCIÓN LETRAS
COMPLEJO EDITORIAL BATALLA DE CARABOBO S.A.
Ciudad VLC

Presidente: Luis Salvador Feo La Cruz / **Gerente de Servicios Informativos:** Mónica Llovera / **Redacción:** José Carlos De Nóbrega / **Coordinador de Edición:** Ramón Núñez, **Diseño y Diagramación:** Vladimir García P. vladigar1969@gmail.com. El Complejo Editorial "Batalla de Carabobo", S.A., es una empresa del Estado adscrita al Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información. Sede: Avenida Úslar, entre Lara y Michelena, Valencia, estado Carabobo.